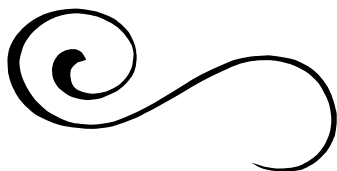


DIARIO DE VIAJE-ÁFRICA
(SENEGAL-GAMBIA-GUINEA BISSAU)



PUNTOROJO
libros

Diario de viaje -ÁFRICA (2ªED.)
(Senegal-Gambia-Guinea Bissau)
Juan Tecles

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-16722-59-4
Depósito legal: SE 1323-2017

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2017 Juan Tecles Sánchez
© 2017 Punto Rojo Libros, de esta edición
© 2017 Ilustración de la cubierta: Juan Tecles Sánchez
e-mail del autor: jtecles@hotmail.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

JUAN TECLES

DIARIO DE VIAJE-ÁFRICA
(SENEGAL-GAMBIA-GUINEA BISSAU)

A mis buenos amigos y compañeros de viaje,
Carlos S., Carlos C. y Fernando G. (Nando)
porque, a pesar de ser un novato inexperto
en esta modalidad de viaje, confiaron siempre en mí.

Un libro, como un viaje,
se comienza con inquietud y se termina con melancolía.

(José Vasconcelos, escritor y filósofo)

Introducción

El sol sale de su diario letargo y comienza a desperezarse lentamente, emergiendo sobre el horizonte y aportando una nueva luminosidad sobre las rizadas y turquesas aguas de la bahía. Es una repetición cíclica del astro que nos indica, inequívocamente, que el principio de un nuevo día ha llegado. En este caso, el inicio de un día cualquiera del otoñal mes de Octubre del año de gracia de 1989.

Como diría un cantautor catalán archiconocido en una de sus poéticas canciones: "...hoy puede ser un gran día, plantéatelo así, aprovecharlo o que pase de largo, depende en parte de ti...", o simplemente, un buen día, como también podría serlo otro cualquiera para plantearme hacer algo diferente a lo que hasta ahora viene siendo lo habitual en mi forma de vida. El hecho de que sea hoy, y no otro día, es porque hace ya un tiempo que maquino dar un cambio en lo que podríamos llamar como rutina cotidiana: "...si la rutina te aplasta, dile que ya basta de mediocridad, hoy puede ser un gran día, date una oportunidad...", como sigue diciendo otra estrofa de la misma canción. Un cambio en la forma de vivir la vida del día a día; esa que no te aporta nada nuevo, donde parece estar todo medido, calculado, previsto, controlado. Todo parece funcionar bajo un sistema establecido de antemano que hace que la vida sea más monótona de lo

que debiera ser: Toca el despertador, te levantas, vas al baño, te aseas, desayunas y te diriges a tu trabajo, donde la monotonía vuelve a estar presente; porque en el trabajo, como en todo orden de cosas en esta vida, llega un momento que por mucho que le pongas ganas e imaginación acabas, casi siempre, haciendo las mismas cosas. Se convierte en repetitivo y mecánico, llegando a ser, en muchos casos, hasta aburrido, aunque reconozco que haya afortunados, pocos, que disfrutan mientras que desarrollan su trabajo. Y si continuamos analizando cómo pasa el resto del día, cuando por fin das por concluida la jornada laboral, comienza la otra parte de tu vida que, en muchas ocasiones, también se mueve dentro de esos mismos derroteros; y recurro a otra estrofa más de la misma canción, muy sugerente: "...que todo cuanto te rodea lo han puesto para ti. No lo mires desde la ventana y siéntate al festín..."



Playa-Lloret de Mar

Es entonces cuando te percatas que algo no funciona como a ti te gustaría que fuera y que, si lo que pretendes es salir de ese círculo repetitivo, de ese "tío-vivo" que gira y gira constantemente sin aportar nada nuevo a tu existencia, has de darle una fuerte sacudida a tu mente para que despierte de esa acomodación en la que se encuentra y vuelva a surgir el interés por lo nuevo; por el cambio de actitudes ante lo que la vida en sí misma es capaz de ofrecernos para nuestro disfrute, si es que, esa circunstancia, somos capaces de detectarla a tiempo. Somos nosotros mismos quienes, activando nuestras inquietudes de cambio constante, tenemos la clave para ir descubriendo esos secretos escondidos, esas oportunidades, a la espera de que seamos capaces de descubrirlas y hacerlas nuestras. No podemos, ni debemos, quedarnos impasibles viendo simplemente como pasa el tiempo y los acontecimientos por delante de nuestras narices sin hacer algo que nos proporcione la posibilidad de darnos la oportunidad de romper ese círculo anodino que solo nos ofrece desencanto y hastío. Al contrario, deberíamos ser conscientes de que tenemos una gran suerte en poder disfrutar de la vida que nos han regalado y, por lo tanto, no estaría de más que intentáramos poner algo de nuestra parte para que el paso por ella sea del máximo provecho.

Por todo ello, considerando que la predisposición para buscar un cambio en la hoja de ruta de mi vida está latente, aprovecho la oportunidad que se me presenta en el transcurso de una conversación, en principio intrascendente, con un grupo de amigos con los cuales pasaba el rato acompañados de alguna que otra cerveza.

La temática del momento iba alrededor de viajes, o mejor dicho, de cómo viajar; de las distintas formas de viajar. Unos defendían la postura de que el mejor sistema para conocer mundo era el viaje por libre, el *mochilero*, que por sus propias características te permite una libertad de movimientos dentro del contexto del viaje. Otros, sin embargo, se encuentran mejor y más a gusto con los viajes organizados que, a cambio de perder libertad de movimientos, te ofrecen mucha más comodidad y seguridad; por no hablar del tipo de alojamiento que, evidentemente, no tiene nada que ver el que se utiliza en una modalidad de viaje o en la otra. Tengo que decir que yo soy de los viajeros del segundo grupo. Siempre me ha gustado tenerlo todo controlado, todo programado, de tal manera que los imprevistos del viaje sean los mínimos y, por supuesto, disfrutar de un buen hotel con todas las comodidades propias de la categoría.

Mira por donde, como consecuencia de esta conversación, salió a colación que unos amigos, integrantes de la tertulia, estaban preparando una próxima salida vacacional a la cual, ante mi sorpresa, teniendo en cuenta que conocían mis prioridades a la hora de realizar un viaje, fui invitado para acompañarles. Mi reacción al ofrecimiento fue, en principio, de agradecimiento por la confianza depositada en mi persona pero no estaba convencido de meterme en este tipo de berenjenales, cosa que me intentaron rebatir con la argumentación de que si ellos podían hacerlo yo también sería capaz de asumirlo. Sin estar muy seguro de mí mismo —he de reconocer que ellos confiaban en mí mucho más que yo—, ni de la importancia de lo que estaba haciendo al aceptar esta proposición, me vi, casi sin enterarme,

comprometido en un viaje completamente distinto a los que hasta ahora yo estaba acostumbrado a realizar. Un viaje que por otro lado prometía ser, según las manifestaciones de mis compañeros, realmente atractivo. Nada más ni nada menos se trataba de hacer una incursión al continente vecino; al otro lado del estrecho, con las intenciones, a priori, de visitar los países africanos de Senegal, Gambia y, si nos lo permitían las circunstancias políticas del momento, también Guinea Bissau; este último, país bajo un régimen comunista.

Así fue como de la noche a la mañana, después de haber analizado el futuro viaje, con los inconvenientes que seguramente se me iban a presentar a consecuencia de la forma que había elegido y aceptado para llevarlo a término, definitivamente decidí, como suele decirse popularmente, echarme la manta a la cabeza y unirme al grupo. Esta decisión significaba, entre otras cosas, comprometerme a visitar lugares y aceptar situaciones que en otras circunstancias jamás se me habría pasado por la imaginación. Antes al contrario, habría dicho —de hecho así lo manifesté en alguna ocasión— que viajar a según qué países y bajo según qué condiciones no estaba dentro de mis cálculos de viajero.

Así que, si alguien me hubiese dicho hace días que yo iba a tener un billete de avión en mis manos, extendido a mi nombre y cuyo destino era la ciudad de Dakar, con un montón de días por delante para consumir y sin ninguna reserva de alojamiento previa, le habría contestado que se equivocaba o de persona o de destino. Como se dice en las grandes ocasiones, la suerte estaba echada y en este caso, yo me encontraba en la misma situación que la bola de una ruleta que gira y gira saltando de

número en número hasta que se detiene en el que resulta agraciado.

Nos reunimos en una primera *cena de trabajo* para comenzar a planificar y concretar fechas, lugares, itinerarios y formas de viajar más adecuadas. Todos cooperamos con ilusión aportando documentación con todo tipo de datos, que íbamos recopilando a partir de guías de viaje o cualquier otra fuente de información a nuestro alcance, al mismo tiempo que mapas de los lugares que estábamos dispuestos a visitar para preestablecer las rutas e itinerarios más adecuados a seguir.

A estas alturas era evidente que estaba metido hasta el cuello en el proyecto y que había entrado en él con ciertos reparos y reticencias pero, después de comprobar la ilusión con la que se expresaban mis amigos y futuros compañeros de viaje acerca del mismo, acabé por superarlo y me vi envuelto por los mismos sentimientos de euforia que ellos. Euforia que me hacía pensar que se había abierto ante mí una nueva forma de viajar y que este sería, muy posiblemente, no solo un viaje más, un viaje cualquiera. Este, ya pude intuir que sería, “EL VIAJE”, con mayúsculas. El viaje de mi vida y, posiblemente, un punto de inflexión determinante que podría influir en el cambio de mi forma de viajar en el futuro.

Bajo la misma tónica de ilusión nos encontramos otra vez los cuatro —porque todavía no he dicho que los componentes del grupo éramos cuatro, a saber: Carlos S., Carlos C., Fernando G. (Nando) y un servidor— alrededor de una mesa, ante una suculenta cena para ser consumida y con un montón de nuevas ideas y proyectos para ser discutidos y analizados entre todos.

Poco a poco, después de varias reuniones, acompañadas todas ellas de su correspondiente ágape, fuimos llegando a conclusiones y concreciones sobre el viaje en sí y sus prolegómenos. Concretamos, entre otras muchas cosas, por ejemplo, todo lo que considerábamos necesario o imprescindible llevar en nuestro equipaje, confeccionando una lista exhaustiva de todo ello para que nos sirva, a nosotros de recuerdo y a posibles futuros viajeros de ayuda. Esta es la relación detallada:

Bolsa de viaje o mochila (preferible, mochila)

Bolsa pequeña

Bolsa para ropa usada

Cazadora o jersey

Chubasquero

Pantalones largos

Pantalones tipo bermudas

Camisa manga larga

Camisetas manga corta (para usar y regalar después)

Ropa interior

Calcetines deporte

Bañador tipo slip

Bañador tipo Meyba

Gorra

Gafas de sol

Cinta o cordón para gafas

Bambas

Playeras

Gel

Champú

Pasta de dientes

Cepillo de dientes

Peine

Toalla grande liviana

Insecticida

Papel WC

Botiquín básico

Libro entretenido

Crucigramas y entretenimientos

Barajas y juegos

Cámara de fotos

Carretes idóneos

Boli

Cuaderno de notas

Agenda direcciones

Navaja multiusos

Reloj chungo

Pasaporte

Otros documentos

Fotos carnet

Dinero en efectivo

Traveller cheques

Seguro Mondial Assistance

Asimismo fijamos la fecha para proceder a la vacunación de nuestros cuerpos serranos contra la fiebre amarilla, cólera, tifus, malaria y demás bichejos extraños que parece ser tienen un poco de manía a los visitantes de piel blanca que osan introducirse e invadir su terreno.

Llegado el momento nos desplazamos al Hospital de Santa Caterina, en Girona, con el fin de cumplir con los requisitos sanitarios que se nos exige para poder realizar este viaje, y con más agujeros que un chino —no un chino de china; me refiero a un colador— y atiborrados de pastillas, esperamos, unos paciente y otros impacientemente, el momento definitivo de nuestra partida.

Empiezan, como no podía ser de otra manera, los problemas implícitos del viaje cuando dos días antes de emprender la marcha, al hacer la confirmación del vuelo con Iberia —la mejor compañía aérea española, dicho sea de pasada y evidentemente en tono irónico— nos comunican que nuestro vuelo ha sido cancelado, sin dejarnos ninguna opción al respecto, y por mucho que manifestamos nuestras quejas por esa decisión unilateral de la compañía aérea, no tenemos más remedio que asimilar la nueva situación, aceptar la devolución del importe de los billetes y aquí nos tienes con que, a dos días del inicio del viaje, no sabemos si viajaremos al continente africano, al asiático o al americano, aunque si hay algo que tenemos claro es que aquí no nos pensamos quedar.

Como que Dios aprieta pero no ahoga, según el refranero castellano, por suerte, gracias a la gestión de uno de los compañeros integrante del grupo vinculado al mundo del turismo, en la rama de agencias de viaje, conseguimos un vuelo a Dakar con salida desde Marsella, aunque, evidentemente, este cambio encarece unos duros el traslado.

He de decir, aprovechando esta introducción, que este relato no pretende ser otra cosa que justamente lo que mis compañeros de viaje me han encargado que haga; simple y llanamente una somera enumeración y transcripción de cosas, casos, vivencias y situaciones acaecidas durante el transcurso del viaje, con el único fin de que quede constancia escrita y permanente para que cuando hayan pasado los años y los recuerdos comiencen a borrarse de nuestras mentes ancianas y desgastadas, sirva de consulta y recordatorio para todos.

Solo bajo esta premisa y con esta condición he aceptado el reto, he decidido y me he atrevido a plasmar nuestras vivencias en este relato.

Uno cree que va a hacer un viaje, pero enseguida es el viaje el que lo hace a él.

(Nicolás Bouvier, escritor, viajero y fotógrafo)

Martes: 28 de Noviembre

Por fin, el día tan esperado de la partida. La noche anterior, reunión del grupo para disponer los últimos preparativos y recordar lo más importante e imprescindible de llevar: el pasaporte, el billete de avión y el vil pero, no por serlo, imprescindible y necesario dinero.

Tal y como habíamos acordado previamente, un buen amigo nos pasa a recoger de madrugada con su vehículo para trasladarnos al aeropuerto de El Prat-Barcelona, donde tomaremos el primer avión que nos llevará hasta la ciudad gabacha de Marsella. Gestionamos el embarque y antes de darnos cuenta estamos sobre el *bus-jardinera* que nos traslada a través de las pistas para dejarnos al pie de un aparato que rápidamente nos permite evaluar, con cierto recelo, que el avión que nos ha de transportar es un pequeño ejemplar, llamado Fokker, bimotor a hélices de corte antiguo. Por pura deducción lógica, si ahora lo puedo contar es una prueba inequívoca de que los temores que teníamos, al menos yo, en cuanto a que pudiera suceder algo trágico durante el trayecto eran totalmente infundados. El *pájaro* aguantó el corto vuelo; aunque el *plumaje* no nos parecía adecuado.



El bimotor

Una vez en Marsella, teniendo en cuenta que el vuelo de salida hacia nuestro destino está previsto para la tarde, disponemos de una buena parte del día para dedicarlo a recorrer un poco la segunda ciudad más poblada de Francia y el primer puerto comercial del Mediterráneo.

Nos encaminamos, para empezar el recorrido, hacia la zona comercial y portuaria donde, después de visitar el mercadillo de pescado fresco, dirigimos nuestros pasos hasta una soleada terraza. Tomamos asiento y mientras nos deleitamos con las vistas naturales del lugar dejamos pasar un buen rato para, después de saborear una fresca cerveza, dedicarnos al cultivo y mantenimiento de las buenas costumbres culinarias que, dicho sea de paso, siempre son un placer que los buenos paladares saben agradecer.



El puerto de Marsella

Miramos los relojes y comprobamos que no tenemos tiempo para más visitas, así que, mientras esperamos el autobús que nos ha de devolver al aeropuerto, aprovechamos el poco rato que nos queda para que nuestro compañero Nando se haga unas fotos de carnet en un fotomatón cercano. La razón es que las necesitaremos en el momento de solicitar el visado de entrada en Guinea Bissau y él olvidó hacérselas antes de salir. Siendo fiel a su sempiterno despiste, en lugar de pulsar el botón que indica para pequeñas fotos de carnet, lo hace en otro que su formato es para una sola foto de recuerdo. Nos damos cuenta del error cuando después de la espera pertinente para llevar a cabo el revelado, aparece una foto de 12x16 en lugar de las cuatro esperadas de tamaño carnet. Vuelta a posar y en esta ocasión sí acierta en pulsar la opción correcta de tal manera que por fin consigue lo que pretendía. Para mayor desastre, insistiendo en el tema de la fotografía de mayor tamaño, no se

le ocurre otra cosa que, tal y como salió de la máquina, ponerla entre las hojas de un libro para guardarla plana. Resultado: cuando llegó el momento de recuperar la fotografía que se encontraba entre las páginas del libro, toda la tinta impresa de la hoja pasó a formar parte de la fotografía, con lo cual, ésta, sin pretender quitarle importancia al protagonista, ganó mucho en su *contenido artístico*.

Sin darnos cuenta se hace la hora de regreso al aeropuerto y una vez ultimados los trámites oportunos de facturación y control de pasaportes, hacemos una visita de cortesía al *Dutty Free*, donde nos avituallamos de alguna que otra botella de licores varios que nos servirán de ayuda para pasar futuras noches de insomnio.

Embarcamos en un Air-bus; aeronave, en este caso, aparentemente más fiable que el pequeño aparato que nos trajo hasta Marsella, y nos acomodamos en los asientos que la empleada de la compañía nos había asignado y la suerte nos ha deparado. Hago mención a la suerte porque, efectivamente, los hay que les ha sido adversa. Por ejemplo: nuestro compañero Carlos C. al cual le toca como compañera de viaje, en el asiento contiguo, una matrona morena de aproximadamente metro y medio de diámetro abdominal y unos ciento cuarenta kilos de peso, cálculo efectuado a ojímetro y que no tiene por qué ser exacto, pero sí muy aproximado a la realidad. Como resultado de tan voluminosa señora nuestro compañero se encuentra prácticamente rebotado contra el otro asiento de al lado, ocupado por un servidor. Ante tal situación y con las perspectivas del largo viaje que nos espera, toma una sabia y acertada deci-